

*Et les chants et le bruit,
Et les dames peu sévères,
Les cavaliers joyeux,
Le vin dans tous les verres,
L'amour dans tous les yeux!*

Hasta mañana, pues, y concluyamos por hoy copiando la copla veneciana que Gaetano, el hijo de Beppo, canta al pie de mis balcones.

*Coi pensieri malinconini
no te star à tormentar:
vien con mi, montemo in gondola
andremo in mezzo al mar...*

Lo que, traducido al castellano, viene á decir:

Con ideas melancólicas
déjate de atormentar:
vén conmigo; entra en mi góndola
é iremos en medio el mar...

Antiguamente, no cantaban los gondoleros tan pobre y vulgar literatura, á la puerta de esta mansion, sino las octavas sublimes de la *Gerusalemme liberata*.

Verdad es que antiguamente el suntuoso palacio *Giustiniani* no era una posada pública.

Dice bien el poeta Niccolini, imaginando que habla desde los siglos pasados:

*¡Citta superba! il tuo crudel Leone
disarmato dagli anni andrà deriso;
privo dell'ire, onde la morte é bella,
egli cadrá senza mandar ruggito.*

Conque muy buenas noches.

V.

El palacio de los Dux.—De la *Escalera de los Gigantes* al *Puente de los Suspiros*.—Sala del *Gran Consejo*.—Sala del *Consejo de los Diez*.—El *Consejo de los Tres*.—Los *Plo-mos* y los *Pozos*.—Recuerdos de Silvio Pellico.—Lugar del tormento.—Un *Cicerone* como hay pocos.—El canal de *Paglia*.

Venecia 5 de noviembre 1860.

Son las doce de la mañana cuando salgo del *Palacio Ducal*, donde he pasado cuatro horas.

Creedme: una verdadera y profunda emocion de asombro y miedo me embarga todavía.—La luz del sol me causará ya hoy la misma estrañeza que le produce al que deja el lecho por la primera vez despues de una larga enfermedad en que ha entrevisto la muerte.

Yo vi esta mañana el esplendor del cielo: luego me sumergí poco á poco en una tremenda noche; y ahora que he tornado al mundo, me parece que me hallo en otro día; que despierto en un letargo; que la marcha del tiempo ha estado suspensa durante algunas horas, ó que yo repito un día de mi vida y vuelvo á ver un sol que se puso hace mucho tiempo.—Mejor dicho: en este instante experimento aquel asombro indefinible en que pasé este verano la perdurable tarde subsiguiente al eclipse total de sol que presencié desde las ruinas de Sagunto.

¡El *Palacio Ducal*!..—Yo entré en él por la *Escalera de los Gigantes*, resplandeciente de luz y de hermosura, y he salido por la angosta y sombría escalera de los *Pozos*,—por donde sacaban los cuerpos de los ajusticiados para llevarlos á enterrar ó echarlos en la laguna.—¡Dichosa, si; pero no interesante edad la nuestra, en que me ha sido tan fácil y tan poco arriesgado recorrer el laberinto pavoroso donde miles de hombres se han perdido para siempre!

No hace todavía muchos años, entrar en el *Palacio Ducal* por la *Piazzetta* para salir por el Canal *della Paglia*, equivalia á ir de la vida de la muerte.—Entre una y otra puerta estaban el *Consejo de los Diez*, las prisiones, la sala del tormento y la horca espantosa que yo acabo de tocar con mis manos!—Y si alguno llegaba vivo al término de esta calle de amargura, no era sin que sus cabellos, por negros y juveniles que fuesen á la entrada, blanqueasen, como pavesas, á la salida.—¡Cuántos y cuántos invirtieron treinta ó cuarenta años en recorrer la *Via Crucis* que yo he visitado en cuatro horas!

¡Oh, misera poesía! Tú *te vés* como muchos otros númenes, dejándonos demasiado venturosos á los cultos habitantes del planeta!

¡Oh, libertad! ¡cuán dulce es desearte!

Pero dejemos estas filosofías, y describamos el *Palacio Ducal* y las interesantísimas escenas que acaban de ocurrirme en él.

Ya lo he dicho: el *Palacio de los Dux* es una de las obras mas bellas é imponentes que ha creado la arquitectura. Yo no sé qué nombre dar al estilo de su fachada: si el de *árabe-italiano* ó el de *gótico-bizantino*. Mejor será decir que es puramente veneciano.

En aquella fachada resplandecen los mosaicos orientales, los arcos romanos, las ojivas góticas, la decoracion *plateresca* y las columnas bizantinas, y todas estas cosas juntas dan por resultado una belleza esclusivamente veneciana, que resume los varios caracteres de la historia de la República y armoniza con la estraña contextura de la ciudad.

Donde el pavimento de las calles es de agua, se concibe que la base de los edificios sea una doble columnata aérea, que dibuje en el cielo y en las ondas los esbeltos perfiles de sus abiertas galerías.

Donde confluyen el imperio alemán, la clásica Italia y el esplendoroso Oriente, se esplica que las estatuas gentiles figuren en hornacinas cristianas; que el arco apuntado se levante sobre la cornisa griega, y que el *macizo* bordado de arabescos descanse en los calados rosetones góticos.

¡Y qué armonía, qué incomprensible unidad en esta amalgama de estilos tan heterogéneos!

Pero el palacio ducal no puede describirse.—¡Cuánta maravilla de arte! ¡Cuánta riqueza! ¡Qué hermosos adornos de todos los gustos! ¡Qué atrevidos arcos! ¡Qué esbeltas columnatas!—Hay esquinas que son obras maestras de ornamentación; escaleras que parecen sueños de la fantasía; perspectivas ideales; verdaderos tesoros de pintura y de escultura; un asombroso lujo de mármoles y bronce, y sobre todo esto un aire severo de antigüedad, un perfume histórico, una grandeza monumental que llenan el alma de veneración y respeto.

¡Imposible enumerar tantos prodigios! Yo diré solamente aquello que me impresionó mas vivamente.

En medio del *patio interior* (que es por sí solo una maravilla, y bastaría para atraer á los viajeros á Venecia) vi dos elegantes cisternas de bronce, que son las mismas que veia Silvio Pellico desde la reja de su prision.

Ahora, como entonces, acuden á ellas algunas hijas de la ciudad, con su clásica ánfora en la cabeza, en busca del agua del cielo.

Y esto es lo único que resta de los antiguos destinos del palacio de la Señoría.

En aquel palacio se redactaban antes las leyes, se administraba justicia, se gobernaba el Estado; allí estaban las prisiones y los suplicios; allí vivia el Dux; allí celebraba sus sesiones el Gran Consejo; allí era este vigilado por el *Consejo de los Diez*; allí reinaba sobre el *Consejo de los Diez* la Inquisición de los Tres (*I Capi*).

Hoy no busca allí el veneciano sino el agua llovediza. El palacio está deshabitado.

Pero no: que en él moran todavía, siquier inmóviles y mudos, todos los legisladores y guerreros de Venecia, pintados en las paredes ó representados en estatuas. Los conquistadores han hecho bien de dejarlos allí solos.—Así podrá decirse todavía que Venecia no ha muerto.—Venecia vive en el Palacio de los Dux.

En el patio interior y en frente de la puerta de entrada empieza la famosa *Escalera de los Gigantes*, llamada así á causa de dos estatuas colosales que representan á Marte y á Neptuno, deidades protectoras de la ciudad anfibia.

Esta escalera es sumamente bella, así por la riqueza de los mármoles que la revisten, como por la delicadeza y primor con que están labrados.

En su ancha meseta se verificaba la coronación de los Dux, y aun se dice que en ella fue decapitado *Marino Faliero*...

Pero esta última tradición es á todas luces inexacta, puesto que la *Escalera de los Gigantes* no fue empezada sino diez años despues de la ejecución del anciano esposo de *Angiolina*.

La *Escalera de Oro*, adornada de riquísimos dorados, notables frescos y bellas esculturas, conduce á un gracioso vestíbulo.

Luego se penetra en la vastísima sala del *Gran Consejo*, verdadero capitolio de la república veneciana, cuyos techos y paredes están revestidos de famosísi-

mas pinturas debidas á Pablo el Veronés, Tintoretto, Bassano, Palma el Joven y otros célebres artistas.

Las pinturas de las paredes representan los fastos de la República,—las alianzas del Dux y de los Cruzados; las dos conquistas de Constantinopla; las coro-



Loggia de Lanzi, en Florencia.

naciones de los Dux mas eminentes; la vuelta de guerreros vencedores; la batalla de Lepanto; los tratados con los pontífices y con los césares de Alemania; las guerras con los vecinos de la altiva señoría, con los *Este* de Ferrara, con los *Visconti* de Milan, con los *Scala* de Verona; una victoria (no he podido recordar cual) obtenida sobre un rey de Aragon; los triunfos del infortunado *Carmagnola*, cuya prision vi mas adelante; la presentacion de los emisarios venecianos en el

campamento sitiador de Pavía, y otros muchos episodios históricos que acreditan lo muy temido y respetado que fue en toda Europa el *Leon alado de San Márcos*.

Entre estos lienzos hay uno que pasa por el mayor en tamaño que existe sobre la tierra.—Su altura es de treinta pies y su anchura de setenta y cuatro.—Representa la *Gloria del Paraiso*, y está firmado por *Tintoretto*.

El *Tintoretto*, imitador de Miguel Angel, se propuso indudablemente con este cuadro crearle un rival, ó cuando menos un hermano, al famoso *Juicio Final* de la Capilla Sixtina.

Sin conocer yo todavía la grande obra de *Buonarotti*, sino por el grabado, me atrevo á asegurar que *Tintoretto* no consiguió, ni aun remotamente, su propósito.

La *Gloria del Paraiso* carece de unidad, de conjunto, de espresion armónica. Es una aglomeracion de mil figuras, una amalgama de episodios, una multitud de cuadros análogos reunidos en un solo lienzo.

En cuanto al color, está completamente perdido.

Sin embargo, esta obra es digna de admiracion y respeto por la fuerza de inventiva que revela y por el correcto dibujo de casi todas sus partes.

En el friso de la sala se ven los retratos de setenta y seis *dux* de Venecia.

Mas no de setenta y seis; que en el lugar donde debia hallarse el de *Marino Faliero* hay un cuadro negro con estas lúgubres palabras:

Hic est locus Marini Falieri, decapitati pro criminibus.

Tal es el único monumento que recuerda en el *Palacio ducal* al que puso su primera piedra.

El techo de la sala del Gran Consejo no desmerece de los muros.

En él se vé primeramente una de las obras capitales de la pintura veneciana: *Venecia en medio de las nubes coronada por la Gloria*, de Pablo el Veronés.—En otro lado está *Venecia coronada por la Victoria*, de Palma el jóven. El resto del techo representa á *Venecia rodeada de las divinidades del Olimpo*, y es obra de *Tintoretto*.

En aquella especie de competencia, triunfa Pablo el Veronés.

Despues de la sala del Gran Consejo, viene la del *Escrutinio*, en que eran votados los *dux*.

Allí son tan notables los ricos dorados y artísticos adornos de las paredes como los cuadros que las adornan.—En el fondo de esta sala se eleva, sirviendo de puerta, un arco de triunfo erigido por el senado en honor de F. Morosini.

Luego se entra en la *Biblioteca de San Márcos*, compuesta de 120,000 volúmenes y 10,000 manuscritos; de ella se pasa á la *Camera Degli Scarlati*, en que se guardaban las togas rojas de los consejeros; en seguida se penetra en la *Sala dello Scudo*, donde se colocaban las armas ó blasones del *dux* reinante, y al fin se llega á la *Sala della Bussola*, antecámara del Consejo de los Diez, donde antes habia una cabeza de leon, en cuya boca depositaba la cobardía delaciones anónimas contra los enemigos del gobierno.

Todas estas salas merecen un detenido exámen, no solo por su importancia histórica, sino por las obras de arte que encierran. Allí se ven, entre otras maravillas, algunas esculturas griegas de gran mérito:—una *Minerva* colosal; una copia antigua de la *Venus de Médicis*; un grupo lascivo de *Júpiter y Leda*, lleno de espresion y encanto; otro de *Ganimedes robado por el águila*, atribuido por Cánova nada menos que á Fidiás; varios *gladiadores*, y otras muchas magistrales estatuas.—Sin embargo, yo no me he parado á estudiar aquellos preciosos mármoles.

Esto hubiera introducido una fatal perturbacion en mis sensaciones. En Venecia persigo solamente el ideal de los tiempos medios.—Pronto iré á Florencia, donde empieza la patria del arte clásico, y allí, y en Roma y en Nápoles, encontraré repetidos hasta la saciedad todos los prodigios de la escultura antigua.

Luego pasé por la *Sala dei Capi*, donde se reunian los *Tres Inquisidores* que reinaban sobre el *Consejo de los Diez*, y al fin penetré en el aposento en que celebraba sus sesiones este pavoroso tribunal.

Aquellas célebres estancias no dirian nada á la imaginacion sin la esplicacion del conserje. Por el contrario: las hermosas pinturas que las adornan, los raudales de luz que penetran en ellas por puertas y ventanas, y la graciosa ornamentacion de las paredes y de los techos, alejan de la mente toda idea de horror y sobresalto.—Yo pasé, pues, por aquellos tremendos sitios sin emocion alguna, aunque muy satisfecho y orgulloso con el solo pensamiento de que ya podria decir toda mi vida que los habia visitado.

Esta desilusion principiaba á mortificarme un poco, cuando hé aquí que repentinamente cambió por completo el carácter de mis impresiones, convirtiéndose en lo mas dramáticas, auténticas y terribles que nunca hubiera imaginado.

Fue el caso que el conserje, despues de enseñarme todas las habitaciones que acabo de enumerar, me llevó de nuevo á la *Sala dei Capi*; abrió una puerta secreta, perfectamente disimulada, y señalándome un pasadizo oscuro que principiaba en ella, me dijo:

—Entre usted por ahí; al fin de ese corredor encontrará al conserje de las prisiones. Yo he concluido ya de servir al caballero.

Y hablando así, me tendió la mano, en la cual puse una moneda, y se marchó, dejándome solo en medio de la mas triste oscuridad.

La puerta por donde yo acababa de entrar se cerró detrás de mí.

Era cosa de tener miedo.

Lo pasado aparecia á mi imaginacion, real, elocuente, pavoroso, resucitado.

Para tranquilizarme y atreverme á dar algunos pasos por aquellas tinieblas, tuve que recordar que estamos en el año 60 del siglo XIX, y que el Consejo de los Diez dejó de existir hace muchos años.

Anduve, pues, á tientas por el lóbrego corredor, y llegué á una puerta entornada por donde salia un débil rayo de luz.

—¿Quién va? dijo una voz cavernosa detrás de aquella puerta.

Yo no respondí, y la abrí de par en par.

La puerta daba á la meseta de una escalera, de la cual se veían á la luz de un opaco farolillo algunos peldaños que subían y otros que bajaban.

En medio de la meseta estaba sentado en un enorme sillón un viejo decrepito, vestido con un largo rendingote oscuro con capucha y mangas perdidas, y cubierta la cabeza con un gorro negro de dormir, que parecía el gorro frigio de Venecia.

Aquel hombre tenía una barba cana y crecida, cuidadosamente afeitada por ciertos lados, y sin bigote, como es costumbre entre los judíos.

Parecía un dux.

Si yo hubiera tenido en Francia un semejante encuentro, habría sospechado que aquel lúgubre personaje era una máscara, esto es; que se le había buscado y vestido de aquel modo á fin de producir una ilusión artificial en el ánimo de los viajeros...

Pero en Venecia no se está para farsas.

—¿Quién sois? volvió á preguntarme aquel hombre, cuyo rostro enjuto, verdinegro, arado por hondas arrugas, revelaba un carácter violento, impaciente, melancólico.

—Soy un curioso, le respondí. ¿Y vos? ¿quién sois?

—Yo soy conserje de las prisiones de la señoría de Venecia hace sesenta años. Yo tengo setenta y siete de edad. Yo he pasado catorce años bajo la república de San Marcos. Yo he conocido á dos dux. Yo he nacido en este palacio, donde mi padre era carcelero, como yo lo soy ahora; con la diferencia de que él custodiaba prisiones llenas de reos, y yo custodio unos aposentos vacíos ó llenos de telarañas.* ¡A tales tiempos hemos llegado!

—Este viejo está loco, fue la primera idea que me ocurrió al oír el anterior discurso.

Pero luego recordé haber leído no sé donde que en el palacio ducal de Venecia existe un famoso conserje, fanático defensor del Consejo de los Diez, al cual es preciso oír con paciencia, si se quiere formar un verdadero juicio del gobierno de la república.

Indudablemente, era el que tenía delante.—Adulémosle, me dije; y exclamé en alta voz:

—Ya tenía yo noticias vuestras. Vos fuisteis el que esplicó á lord Byron y á Chateaubriand...

—¡Chateaubriand! ¡Lord Byron! me interrumpió el viejo, temblando de cólera. ¿Por qué no me nombráis también á Silvio Pellico? ¡Todos vienen con la misma canción! ¡Reniego de los poetas! ¡Si yo hubiera sabido que iban á mentir con el descaro que lo han hecho, no les hubiera tratado con tanta bondad!—¿A qué venís aquí? (prosignió, mirándome de hito en hito). Aquí no hay nada que ver. Todo lo que cuentan los poetas es mentira. Aquí no se martirizaba á nadie. Esta era una cárcel como cualquier otra. Los austriacos hacen muy mal en permitir que el público se pasee por estos sitios; y yo soy muy desgraciado, puesto que el hambre me obliga á acompañar á los poetas, sabiendo como sé que

luego salen de aquí calumniando al Consejo de los Diez y á la ilustre señoría.— ¡Lord Byron!—Yo he leído sus obras, y son un tejido de patrañas. El gobierno de la República era más clemente, mas justo, mas paternal que todos los que se han sucedido despues en Venecia... lo cual no quita que Silvio Pellico sea también un embustero.

—Sin embargo, repliqué, yo os suplicaría que me enseñáseis los *Plomos* y los *Pozos*.

El hombre me miró de una manera espantosa al ver que yo sabía el nombre de aquellos tremendos lugares; y dando una especie de rugido, continuó, como si hablara solo:

—¡Los *Pozos*! ¡los *Plomos*!—Ni hay tales *Plomos*, ni hay tales *Pozos*. Venid á verlos, y decidme si no son las prisiones mas cómodas del mundo. ¡Ah! ¡los poetas! ¡los poetas!

Hablando de este modo, cogió un manojito de llaves y empezó á subir penosamente la escalera de que he hablado.

Yo le seguí.

Al término de aquella larga, estrecha y empinadísima escalera, encontramos una especie de crugia, muy baja de techo, á la que daban cinco ó seis puertas iguales, chapadas de hierro y cargadas de cerrojos y fuertes cerraduras.

El conserje abrió una de ellas, y entramos en una pequeñísima bohardilla, á cuyo techo se tocaba con la mano.

Una angosta ventana de reja dejaba ver el cielo y algunas chineneas, y daba paso á torrentes de viva luz.

A pesar de que estamos en noviembre y de que hoy ha hecho un día muy fresco, en aquel zaquizamí se sentía un calor insoportable.

El techo de aquella prision se reducía á la fuerte lámina de plomo que cubre todo el palacio Ducal.

El sol la había ya caldeado, y eso que eran las diez de la mañana!

¡En qué estado de incandescencia estará á las dos de la tarde de un día de verano!

—Estos son los *Plomos* (*i Piombi*), exclamó el conserje. Ya ve usted que no tienen nada de particular. Como prision, no conocerá usted ninguna mas alegre. Aquí hay luz; desde aquí se ve el cielo; desde aquí se ve hasta la ciudad... ¿Dónde se encontraría un calabozo semejante? Un hombre encerrado en esta habitación, podía creerse en su casa. Por esa ventana entraba el sol á visitarle: las palomas se paraban en los hierros de la reja y le daban los buenos días: los rumores de la ciudad, el ruido de los remos, los repiques de las campanas, los golpes de los talleres, los cantos de las criadas, hasta las conversaciones de las calles llegaban á sus oídos.—Esto no es estar preso: es estar en el mundo. ¡Vayan los poetas noramala y díganme donde podría pasar un pobre los rigurosos inviernos de Venecia mejor que en el último piso del palacio de los dux.

Mientras que el implacable canchero hablaba así, yo pensaba en *Le Mie Prigioni*; recordaba todo lo que padeció Silvio Pellico, abrasado bajo los *plomos*,